

mente conflictiva lleva a una ruptura y a un descenso a los «ínferos»; y ello supone la posibilidad de una regeneración. El devenir, el encuentro a menudo insostenible de estas multiplicidades que cada cual entraña y padece puede por tanto llevar al hombre a la realización de su persona, toda vez que una actitud atenta le guíe en su «acción correcta»: la «actualización de una esencia» —en ello consiste la existencia según Zambrano—, esto es, pasar por la realidad, *realizar* (en el doble sentido que a este vocablo le otorgan las lenguas francesa e inglesa (*réaliser, realiser*) de *tomar conciencia* y *hacer real* el «ser recibido».

El *satori* o el «despertar» se traduce así como la incorporación del devenir en la unidad del ser; es devolver la multiplicidad a la unidad y la unidad a la multiplicidad. Es el cese de las diferencias; un salto cualitativo en las significaciones por el que se comprende que no es necesario apartar algo para que advenga lo contrario ni que algo deje de ser para que algo opuesto sea. Los conceptos opuestos nacen de una misma fuerza que los contiene a ambos; hasta hallar el «medio» —y la palabra poética lo es, como lo es cierta clase de silencio— para que vuelvan a con-fundirse.

La palabra sánscrita *prajña* corresponde a este tipo de comprensión intuitiva y sintética que, a diferencia del entendimiento analítico (*vijnama*), el budismo zen propicia. Establecer un paralelismo entre esta forma de conocimiento y la razón-poética de Zambrano es ciertamente arriesgado pero no deja de ser una puerta abierta para una interpretación más amplia de nuestras formas cognoscitivas. Puede ser un dato a favor de este acercamiento el que las experiencias zen, como es sabido, suelen expresarse mediante breves poemas (los *haiku*) que permanecen justo en el límite entre la expresión verbal y el silencio que acompaña las más hondas impresiones, aquel justo límite donde, como dice nuestra autora, «la conciencia siempre alborea».

Por otra parte, el fruto de las prácticas zen es la realización de una unidad más alta: la de la Sabiduría (*Prajña*) con la Compasión —o el amor— (*Karuna*). Unir Amor y Sabiduría, vida y ser, pretensión ésta también de la razón-poética, requiere un salto de mayor envergadura. Además de una actitud, la razón-poética es un acto mediante el cual se trata de abrir el espacio donde el ser se muestra en movimiento, donde ser y saberse ser tiene lugar simultáneamente. Tal espacio se abre en el mismo acto de la razón-poética pues quien lo realiza es el propio ser haciéndose.

«Despertar» es para María Zambrano la *acción esencial*; es la perfecta vigilia⁹. Aquella vigilia que no es sueño a su vez (pues también es sueño la vigilia) sino que está asistida por la atención, por una conciencia que en sus inicios es vigilante atención. En esos «estados de ser», «la palabra no es necesaria porque el sujeto se hace presente a sí mismo y a quien lo percibe. Es en el silencio diáfano en donde se da la pura presencia, la presencia total, tan total como algo humano puede serlo. La presencia total en que el poder, el saber y el amor están inseparables, fundidos, mientras dura este estado que en la condición humana es excepcional y transitorio»¹⁰. Esta *presencia total* es a lo que el zen aspira. Se trata de la experiencia de simultaneidad de uno mismo con todo, fuera y dentro —sin «dentro» ya, ni «fuera»—, la experiencia

⁹ María Zambrano; «La palabra y el silencio», Asomante, Puerto Rico, 1967.

¹⁰ *Ibidem*.

de «uno mismo» despojado del «sí mismo» siempre ajeno u observado, siempre tercera persona, carente entonces de realidad por pertenecer a otras coordenadas.

El zen actualiza en este sentido la expresión de Merleau Ponty: «el tiempo es alguien»; sin tiempo no hay «alguien» o: cuando no hay «alguien», no hay tiempo. Así también constata André Gide que el «yo» se fundamenta en la diferencia, que sin los otros «nada podría ser más diferente de mí que yo mismo». Y: «Ce n'est que dans la solitude que parfois le substrat m'apparaît et que j'atteins à une certaine continuité foncière: mais alors il me semble que ma vie s'alentit, s'arrête et que je vais proprement cesser d'être»¹¹. El miedo a la pérdida de identidad que acompaña a toda supresión del tiempo nos hace evitar normalmente las experiencias de simultaneidad, y para ello cualquier movimiento, levantar el brazo por ejemplo, coger un objeto y posarlo al otro lado de la habitación, es suficiente: vuelve a caer el agua en la clepsidra. Y sin embargo la identidad se nos muestra, desde la inmovilidad, como un fantasma de ser que se desvanece irremediamente en cuanto se le pretende abrazar porque no es, o más propiamente, porque *no hay*: no tiene lugar. El tiempo, paradójicamente, otorga lugar a las cosas y, a no ser en la experiencia poética o amorosa, los lugares duermen con las cosas que los ocupan.

Esa trascendencia de sí mismo cuyo padecer, según María Zambrano, define al hombre, ¿acaso no se inicia con la visión de esta esencial discontinuidad? «Discontinuidad del saber de oído, imagen fiel del vivir mismo, del propio pensamiento, de la discontinua atención, de lo inconcluso de todo sentir y apercibirse, y aún más de toda acción»¹².

Mas la visión de tal discontinuidad sólo puede tener lugar de no coincidir el tiempo de la conciencia en un momento dado, un momento de extrema atención, con el de los acontecimientos; el ritmo de la observación deberá estar por encima o por debajo del ritmo del acontecer: la máxima velocidad del giro derviche, por ejemplo, o el aquietamiento de las prácticas de *dhyana*. El cambio de ritmo, no obstante, si bien es suficiente para que se dé algún tipo de comprensión, no lo es para lograr el «estado de presencia»; es precisamente que no hay intención. El deseo debe dejar paso a una entrega firme y continua. Hay revelación, como dice muy bien Zambrano, «cuando el sentido único del ser se despierta en libertad, según su propia ley, sin la opresiva presencia de la intención, desinteresadamente, sin otra finalidad que la fidelidad a su propio ser»¹³. Cuando esto ocurre la visión surge «como una llama» en la que la realidad se funde con el acto de ver y aparece entonces como belleza que invita al ser escondido a salir de sí. Justo en el umbral de la belleza misma con el vacío que crea en torno a ella, en ese umbral es donde el hombre se rinde: «Rinde su pretensión de ser por separado y aun la de ser él, él mismo; entrega sus sentidos que se hacen unos con el alma»¹⁴.

Esta contemplación, parecida a la fase de «arrobamiento» conocida por los místicos, tiene, sin embargo, el peligro de que se la pretenda renovar y, de esta manera, no se logre nunca pasar al umbral. Pues ¿cómo dejar de desear que se repita una experiencia tan grata, cómo no esperarla o padecer otro tipo de esperanza: el temor

¹¹ A. Gide; *Les faux-monnayeurs*.

¹² María Zambrano; *Claros del Bosque*, Seix Barral, 1977.

¹³ María Zambrano; *id.*

¹⁴ *Id.*

a perderla o a que no vuelva a producirse? Y el deseo —temor o esperanza— eleva en torno a quien lo siente una opaca resistencia que impide recibir esa otra realidad menos compacta, más sutil, que necesita para posarse el ritmo suave y espaciado de las flores cuando esperan el alba para abrirse. Espera, no esperanza, quietud y no paciencia, confianza y no exigencia. «Y si nada se espera, ni se teme, aparece entonces la revelación de ese silencio por sí mismo, sin promesa alguna. La promesa tantas veces vela la presencia real, la revelación viviente»¹⁵.

La paz, el sosiego que proviene de esta actitud no-deseante tiene mucho que ver con la *ataraxia* que, según los escépticos, sigue a la suspensión del juicio. Mantener la actividad de la mente en su punto de equilibrio —el no-juicio— conduce a un estado igualmente plano en el orden de los sentimientos, depurando así la voluntad de manera que se armonice con el orden más amplio que en el ser se instala. El estado interior no es en modo alguno independiente de ese control de la mente que es una de las principales enseñanzas del zen. Por ello: «Si viene el diablo, dadle 100 golpes de bastón, si viene Buda, 100 golpes de bastón». Penetrar en el vacío esencial significa trascender los límites del juicio, de todo dualismo, y para ello es necesario el uso de una voluntad que no se reduce al deseo.

Supone, por otra parte, haber realizado un vacío previo: el vacío de sí, vacío de pasiones. Y por ello habla Zambrano del amor y del sacrificio: otro modo —el más auténtico— de suspender el juicio absolutamente.

Hay un lugar previo a la separación, un lugar de origen en el que el conocimiento no es necesario porque nada hay en él que se diferencie. Recuperar el «rostro original» es para el zen la recuperación de una cierta inocencia (que en ningún momento se constituye en polo de una dualidad): el estado de no-juicio. El «pecado» de orgullo podría entenderse como el resultado de una honda insatisfacción, de no contentarse con ser y pretender verse ser sin dejar de ser. La culpa original sería entonces puro afán de viaje: irse, exponerse para, después de haberse reconocido, regresar, volverse a integrar. Mas tan penosa es la travesía, la cansada tarea de enjuiciar, comparar, diferenciar y decidir después de cada paso de la existencia que se mantiene pujante el deseo de volver al origen, el lugar de descanso donde la palabra no es requerida, a no ser aquella que fuera música, ritmo, ritmo de un corazón. Por eso el amor recuerda la paz del origen, porque no juzga, sólo recibe, enteramente acoge. El amor es una vuelta al origen, al padre o a aquel que acoge sin enjuiciar, al abrazo.

El lugar de origen precede al tiempo: al tiempo se sale, como al camino. «En el lugar aquel propio del primer hombre, su ser y su estar coincidían, como coincidían ser y realidad, anhelo y cumplimiento, visión y tacto, y la distancia no actuaba, pues que nada se interponía. Pues que tiempo y espacio comienzan a existir, sin ser y sin verdad, cuando adviene la interposición»¹⁶. Y lo que se interpone es «la realidad, que así se constituye como tal»¹⁷, la realidad que es imposición, ese «bloque de tiempo puro», en palabras de Octavio Paz, que no resplandece porque ha perdido la cualidad de lo efímero, de lo inconsciente, y sólo resplandece lo que arde, lo que no permanece.

¹⁵ María Zambrano; De la Aurora, Turner, Madrid, 1986.

¹⁶ María Zambrano; El camino recibido, Zero zyx, 1983.

¹⁷ María Zambrano, *id.*